

Costó pues, gran trabajo al príncipe de Orange proteger la capital de Bélgica, Bruselas.

En poder de Carlos II estaba el medio de acabar con la insolencia francesa. Miles y miles de individuos se presentaron en Londres para sentar plaza cuando se supo que iba a hacerse guerra a la Francia, al odiado enemigo de la nación, de suerte que no hubo de darse el premio de enganche que era de costumbre. El parlamento ofreció conceder todo lo necesario sin limitación alguna con tal que se destinara positivamente para la guerra. En toda la Europa prevalecía la opinión de que únicamente la Inglaterra podía contrabalancear el poder francés; pero el mal consistía en el rey, que entonces miró las cosas desde el punto de vista más pequeño, alegando que no quería hacer la guerra por no someterse a un parlamento y depender de un ejército protestante. Al embajador francés no cesaba de asegurar que en el fondo no tenía la menor intención de romper con la Francia, mientras su ministro Danby decía al mismo embajador: «Si Cromwell se hallara a la cabeza de la nación inglesa tendría su soberano de V. más respeto.» Carlos II no era Cromwell y prefirió proponer a Luis XIV, que si le aseguraba por tres años consecutivos una renta anual de 6 millones de libras ó sean próximamente 36 millones de pesetas según la moneda actual, obligaría a los aliados a contentarse con condiciones de paz más humildes, y él por su parte dejaría de reunir el parlamento.

Este ofrecimiento villano é infame fué explotado y castigado por Luis XIV con una astucia de idéntico jaez. Resolvió entretener al rey Carlos, no pagarle nada y a la menor hostilidad de su parte publicar su carta tan importante y tan vergonzosa, que habría suscitado en Inglaterra una confusión capaz de imposibilitar para mucho tiempo a la nación para emprender nada en el exterior.

Hay que convenir en que los Estuardos merecían perfectamente la suerte que tuvieron, porque ni antes, ni después, ni jamás se ha visto otro monarca como Carlos II, tan infame, solapado y falto de vergüenza, que conspirase como él contra su propia nación, con su mayor y más temible enemigo por una suma regateada de dinero.

Al propio tiempo que Carlos hacía estas proposiciones secretas, el partido aristocrático holandés entablaba también negociaciones con Luis XIV.

El rey de Francia se había convencido de que la coalición carecía de trabazón y solidez; de que el menor accidente sería suficiente para descomponerla, y de que para suscitarlo se necesitaba, no tanto habilidad, como una actitud imponente y terrible. El único enemigo serio entre los aliados era la Holanda, a causa del numeroso y fuerte partido orangista y a ganar la voluntad de este enemigo se dirigieron sus planes. Para lograrlo entregó en 15 de abril de 1678 su ultimatum en Nimega, en el cual exponía todas las concesiones que estaba dispuesto a hacer en favor de cada una de las potencias aliadas, añadiendo que las cumpliría fielmente si eran aceptadas antes del 10 de mayo siguiente, pero que se consideraría desligado de todo compromiso si pasaba este término sin haberlas aceptado.

Las naciones, que ignoraban el interior del asunto, sus misterios é intrigas, se indignaron y asombraron al ver que un solo hombre osara dictar leyes a toda la Europa, aparentemente coligada contra él. El hecho era sin embargo que jamás había sido tan formidable la posición del rey de Francia.

¡Y qué bien había calculado el ultimatum para separar a los holandeses de la colición que no era nada sin ellos! Extremadamente duro con los demás Estados, concedía en dicho documento a los holandeses todo cuanto podían

desear, a saber: la restitución de Maestricht y la renovación del para ellos favorabilísimo tratado de comercio de 1662. Además, como otra muestra de amistad, prorogó el plazo para aceptar el ultimatum hasta el 15 de agosto; pero tan seguro se sentía de ganar el juego, que declaró no querer evacuar las plazas destinadas a ser restituidas a la Holanda y a la España mientras no se cumplieren las condiciones que exigía relativas a los suecos. Era este un acto de notable lealtad para con la Suecia, y de paso también un nuevo insulto para los aliados, a los cuales Luis XIV dictaba leyes como soberano.

Por lo pronto volvieron los sucesos a tomar un aspecto belicoso, porque si los Estuardos hubiesen aceptado desde luego el ultimatum de Luis, seguramente la Inglaterra entera se habría sublevado y no se habría olvidado todavía el fin que habían tenido Carlos I, Strafford y Lands, como podía juzgarse por la actitud displicente del parlamento y del pueblo y por la conducta tímida del rey y de sus ministros. El gobierno holandés también amenazaba romper las negociaciones, porque ya estaban 9,000 ingleses en Flandes, prontos a combatir, otros debían seguirles y la escuadra esperaba solo la orden de zarpar.

En estas circunstancias logró Carlos II determinar a su amigo Luis a hacer concesiones, y por otra parte pudo recabarse de los embajadores suecos en Nimega, sin el consentimiento y hasta con grandísimo disgusto de su gobierno, la renuncia de las condiciones favorables a su país, con lo cual desapareció el obstáculo mayor que se oponía a la avenencia. En fin toda la negociación no pasó de una farsa indigna. Públicamente hacía alarde Carlos II de sus disposiciones belicosas y se quejaba de la informalidad del gobierno holandés; pero en secreto hizo saber a la Holanda que ya se había puesto de acuerdo con el rey de Francia. El 10 de agosto de 1678 los plenipotenciarios holandeses y los franceses firmaron en Nimega la paz sobre la base del ultimatum del 15 de abril. El representante apoderado oficial de Inglaterra, sir William Temple, ignorante de las intrigas secretas de su soberano, se negó a poner su firma como testigo diplomático en el documento.

Carlos II pudo entonces lamentarse en público de la falsedad y versatilidad de los holandeses, en lo cual fué secundado por los aliados que en todas partes dejaron oír sus amargas censuras. Para auxiliar a los holandeses había echado la Europa mano a las armas, y a la sazón la abandonaban a sus compromisos; ellos se retiraban de la pelea con grandes ventajas, dejando los perjuicios para sus aliados. Brandeburgo, uno de los dos Estados que primero habían salido a su defensa y auxilio, estaba condenado a restituir todas las conquistas hechas con tanta gloria a costa de la Suecia; y de España se exigió aun más, a saber, la cesión a la Francia de todo el Franco-Condado y de las fortalezas más importantes de la Bélgica meridional, entre ellas Ypern, Valenciennes, Cambray, etc. También la Francia se quedó con la Lorena. En fin, la conducta de los holandeses fué en esta ocasión traidora, cobarde y egoísta; habían faltado a todos sus deberes morales y materiales. Guillermo III, poseído también de indignación, cuando tuvo noticia de semejante felonía, quiso impedirlo; y en el último momento, ignorando todavía que ya se había consumado, y que la paz estaba firmada, atacó al mariscal de Luxemburgo en la abadía de San Dionisio cerca de Mons. La batalla quedó aquella noche indecisa y al día siguiente supo Guillermo que todo se había concluido en Nimega.

La España salió la más perjudicada porque también era la potencia más débil y menos capaz de continuar la lucha; y a su creciente debilidad material é intelectual se habían

juntado disensiones interiores. La reina madre María Ana siguió regentando el reino, a pesar de haber llegado ya el rey Carlos II a su mayor edad, continuando el sistema político de la casa de Austria, es decir el de la familia Habsburgo; solo que no estuvo a la altura de su misión. Toda la Sicilia estaba sublevada y devoraba todos los ingresos del reino de Nápoles y del Milanesado. La guerra de la Bélgica, a pesar de ser por demás insignificantes las fuerzas allí empleadas, puso la hacienda española en un grande apuro. El oro y la plata que llegaban de América no hacían más que pasar por las manos del gobierno para derramarse sin parar en los bolsillos de los acreedores. La gran monarquía de Carlos I (Carlos V en Alemania) hizo quiebra solo por tener que mantener 10 a 12,000 soldados en Flandes, pues que el cuerpo de tropas que tenía allí no pasaba de este número.

El descontento era general en España. Ya antes el populacho de Madrid había obligado en un motín a la reina madre a desterrar del país a su confidente y confesor, el inquisidor general, Nithard, jesuita alemán y principal sostenedor de la política austriaca; pero en cambio María Ana tomó otro privado, Valenzuela, a quien hizo dueño absoluto del país y del joven rey. Este, a pesar de sus buenas intenciones, no hizo más que empeorar la situación del país, excitando al mismo tiempo con su altanería y sed de mando el odio de los grandes y del mismo rey; hasta que una revolución de palacio a cuya cabeza estaba, porque le habían puesto quizás, el mismo monarca, obligó al favorito a huir, y a la reina madre a retirarse a un convento. Después fué desterrado Valenzuela a las islas Filipinas.

Desde entonces encargóse del gobierno el hermano natural de Carlos II, don Juan de Austria, hombre de más ambición que talento, que al cabo se mostró insuficiente para sacar al país de su derrotero fatal, tanto más cuanto que quiso seguir la política francesa en oposición a la austriaca de la reina madre. Esta había destinado por esposa de su hijo el rey a la única hija María Antonia, que tenía el emperador de su matrimonio con la infanta Margarita; y don Juan al revés proyectaba un casamiento con la princesa María Luisa, hija del duque de Orleans, sobrina de Carlos II de Inglaterra por su madre, y de Luis XIV por su padre. Con semejante proyecto le cuadró muy bien el comportamiento de los holandeses, porque le daba un pretexto para hacer igualmente la paz con Francia, que se firmó en 17 de setiembre. Los sacrificios que esta paz impuso no se consideraron en Madrid muy dolorosos puesto que de buena gana habría dado el gobierno español toda la Bélgica tan apartada a cambio de una indemnización territorial decente más próxima.

Luis XIV, en paz con sus vecinas la Holanda y España, pudo ya arrojar la máscara en su trato con el monarca inglés, al cual hasta aquel momento había entretenido con el cebo de los 18 millones de libras, sancionado en mayo del mismo año hasta por un convenio formal. No teniendo ya necesidad de guardar ciertos respetos, salió de repente con la queja de que Carlos había faltado al convenio enviando los 9,000 ingleses a Flandes y que de consiguiente había perdido el derecho de cobrar lo convenido. Con terror hubo de echar de ver Carlos II que él, que pretendía engañar a los demás y sacarles el dinero, había resultado el engañado y que su posición se había empeorado hasta no tener cura. El gobierno holandés no desperdició la ocasión para aducir en disculpa de su comportamiento traidor, todo lo que sabía y sospechaba de las tretas del rey de Inglaterra; y de rechazo resultó que Luis quedó también convencidísimo de que en ningún caso podía ya contar con la cooperación de un monarca moral y materialmente tan débil como Carlos II.

Así, además de no perdonarle el envío del cuerpo de tropas a Flandes en son de amenaza, se persuadió de que atendidas las circunstancias le tenía más cuenta paralizar la acción de Inglaterra fomentando las discordias en el interior y haciendo una guerra sorda al solapado soberano. La falsedad é impudente vileza de Carlos Estuardo empezaban a producir su terrible fruto y a caer sobre su autor!

Quedaban en el campo el emperador y los demás soberanos de Alemania, y la Dinamarca. El primero firmó un armisticio con los húngaros para poder emplear aparente, mente todas sus fuerzas contra Francia; pero esta envió todo su ejército, empleado hasta entonces en los Países Bajos, y a la sazón disponible, al Rhin, donde el duque de Lorena en vista de su inferioridad numérica hubo de retirarse al Palatinado que de esta manera volvió a sufrir las devastaciones de las huestes francesas. El elector de Brandeburgo, que entre tanto había quitado la isla de Rugen en gloriosa lucha a los suecos, excitaba a Leopoldo I a no desmayar, prometiéndole que él y sus aliados del Norte acudirían con todas sus fuerzas a su auxilio; pero fué en vano; el gobierno de Viena, como de costumbre, carecía de vigor y de energía; solo mostraba estas cualidades cuando se trataba de intereses particulares y mezquinos; no aceptaba todavía las proposiciones francesas porque contenían la exigencia, por demás humillante, de disponer del libre paso al través del imperio para las tropas que destinaria aquella nación a atacar a los coligados del Norte de Alemania en su propio país; bien que en el fondo estaba resuelto el gobierno de Leopoldo a someterse, si era preciso, hasta a esta condición. No le importaba sacrificar al elector de Brandeburgo a la saña de Luis XIV, tanto menos cuanto que hallándose a la sazón Federico Guillermo en grandísimo apuro en su propio país, no había esperanza de que pudiera auxiliar al Austria en momentos tan decisivos.

Al mismo tiempo había cumplido Juan Sobieski con la primera condición que le había impuesto la Francia al ponerle en el trono de Polonia, a saber: el apoyo material dado a los insurgentes de Hungría; la segunda, que era la guerra contra el elector de Brandeburgo, tenía para él más aliciente, porque prometía en caso favorable la recuperación de la Prusia oriental, ó sea la ducal, de la cual este reino deriva su nombre, pero que antiguamente había dependido de la Polonia. Entendióse para esto con la Suecia excitándola a invadir la Prusia ducal desde la Livonia, y autorizándola además para establecer banderines de enganche en la Polonia, con lo cual el mariscal sueco Horn pudo pasar súbitamente la frontera con 16,000 hombres a mediados de noviembre de 1678. Si Horn hubiese avanzado sin demora, podría haber conquistado todo el país indefenso en un abrir y cerrar de ojos; pero se dejó entretener semanas enteras a orillas del Memel por algunos centenares de hombres de somaten reunidos a toda prisa, y perdió un tiempo precioso.

El elector, apreciando en todo su valor lo fatal que sería, cabalmente en aquella época excesivamente crítica para él, la permanencia, aun la más corta, de un ejército enemigo en su país, no titubeó un instante, y con su acostumbrada energía y con la rapidez del rayo salió en enero con diez mil hombres de la Marca y la Pomerania y a marchas forzadas voló hacia el ducado de Prusia. Los suecos, al saber que se acercaba el vencedor de Rathenow, Fehrbellin y Rugen, juzgaron prudente no aguardarle y se retiraron; pero perseguidos todavía a tiempo, cambióse su retirada en huida, que unida al frío excesivo de aquel invierno y al coraje de la población rural, irritada por las inhumanidades y atropellos de los invasores, redujeron el ejército en pocos días a ocho



mil hombres. Aun estos fueron finalmente alcanzados, acuchillados y en su mayor parte hechos prisioneros por las tropas brandeburguesas, primero por la caballería y después por la infantería, que para llegar más pronto había pasado los alfaques de Kur y Frisch helados en trineos. Solo mil quinientos combatientes suecos volvieron a pisar la Livonia en febrero de 1679. Esta campaña de doce semanas fue el glorioso remate de las acciones guerreras de Federico Guillermo.

Mientras el elector demostraba por última vez su superioridad militar sobre los suecos, había empeorado notablemente la situación política general y muy especialmente la suya, porque contra todas las seguridades y denegaciones el emperador había hecho también la paz con los franceses el 5 de febrero de 1679 en Nimega, dejando al rey cristianísimo la plaza de Friburgo en el Breisgau, ordenando la restitución de todas las conquistas hechas a la Suecia, y poniendo a disposición del francés un camino militar con sus etapas determinadas al través del imperio para que pudiese imponer la paz con las armas en la mano a los coligados del Norte. El emperador había calculado que de ningún modo le convenía que el elector de Brandeburgo conservara el resto ó sea la parte sueca de la Pomerania, porque cuando no tuviese nada que temer ya de esta potencia, no iría tampoco a buscar la amistad del Austria. Los soberanos de Brunswick y de Munster se adhirieron al mismo tratado de paz, que una vez más sancionaba la soberanía de la Francia sobre la Alemania miserable y dividida.

Los franceses entraron en el ducado de Cléveris que pertenecía al elector de Brandeburgo, el cual tuvo que reconocer que él solo no era bastante contra los franceses, suecos y polacos, y así entró en negociaciones con el omnipotente rey Luis XIV para ver si podía salvar siquiera del naufragio la plaza de Stettin, aunque fuese renunciando a las fortalezas del territorio de Cléveris. Para tratar de la paz se celebraron entre ambos potentados repetidos armisticios hasta mediados de mayo del año 1679; mas todo fue en vano; el rey de Francia resistió con inquebrantable firmeza a todas las promesas seductoras del astuto elector, insistiendo en la completa restitución de todo el territorio de su aliada la Suecia; y concluido el último armisticio, antes que hubiesen podido regresar las tropas brandeburguesas del extremo oriental, ó sea del ducado de Prusia, ocupó el mariscal de Crequí con 30,000 hombres todo el territorio de Cléveris y la Marca, avanzando hasta Minden, sin que lo pudiesen impedir las débiles guarniciones brandeburguesas con toda su heroica resistencia. Nadie se alzó en favor del elector, el cual reclamó en vano el auxilio que le debían la Holanda y el emperador en virtud de los tratados de 1674. El gobierno francés amenazaba romper las negociaciones si el elector no se decidía; y en el patio del palacio de San German aguardaban ya los correos a caballo la orden de partir para llevar al mariscal de Crequí la de pasar adelante, cuando llegó la carta de conformidad del brandeburgués con los poderes para su representante autorizándole a firmar el tratado de paz. Con amargo pesar había resuelto Federico Guillermo a restituir lo que en cuatro años de luchas gloriosas había conquistado,

porque esta paz firmada en 29 de junio de 1679 en San German en Laye, epílogo de la de Nimega, devolvió a la Suecia toda la Pomerania anterior, quedando para el Brandeburgo solo la pequeña faja situada en la orilla derecha del Oder, y 300,000 escudos de oro que Luis XIV se comprometió a pagarle como indemnización de guerra. Dominado por la ira y el pesar dicen que Federico Guillermo exclamó: *Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor!* palabras dirigidas, no contra el enemigo franco y leal, sino contra los aliados falaces y en especial contra el emperador. Con razón sobrada añadió que no era la Francia la que le obligaba a hacer la paz, sino la deslealtad de sus aliados, y que vendría día en que se arrepentirían amargamente de su proceder falaz.

En setiembre del mismo año de 1679 en el tratado de Fontaineblau, sometióse también a la imprescindible necesidad el rey de Dinamarca, el cual no solamente tuvo que restituir todas las conquistas sin recibir ninguna indemnización, sino que además del daño hubo de sufrir de la parte del rey de Francia el insulto y bafa de no recibir el tratamiento de Majestad.

La gran obra de pacificación había llegado a su término. Luis XIV había forzado a la Europa a someterse a sus condiciones, y había demostrado que era superior a toda la Europa coligada contra él. Verdad es que había logrado este triunfo con la ruina de las clases productoras de su reino; menos con las armas que con las hábiles arterias y sobornos de su diplomacia; pero el resultado era de todos modos evidente. Sin embargo, no había logrado el altanero rey de Francia el objeto primordial de tan grandiosa lucha, a saber: la humillación definitiva y perpetua de la Holanda, bien que por otro lado valía mucho más lo alcanzado, porque además de otro importante trozo de la Bélgica y del Franco-Condado, que redondeaba admirablemente su territorio, había conquistado el reconocimiento de su superioridad sobre los demás Estados europeos reunidos y por lo mismo la conciencia de su poder omnímodo. Desde aquel momento su ambición no conoció ya vallas, se creyó dueño del mundo entero; las otras naciones le temían también como tal, y pronto debieron sentir en su daño que realmente lo era. Acaso habría realizado su sueño de imponer a la Europa impotente, bien que mal de su grado, su dominio universal, ó como se decía entonces su monarquía universal, a no ser por un individuo enfermizo, hosco y hasta entonces desgraciado en todas sus empresas, que con vista clara y voluntad de hierro le observaba, y le combatía con incansable tenacidad y perseverancia como único enemigo de la libertad y tranquilidad públicas. Este individuo que le estaba acechando desde los diques de un rincón extremo de Europa, delante de cuyas puertas abiertas la fortuna había abandonado ya una vez al gran rey, era Guillermo III de Orange.

Por lo pronto desfogó la rabia que le causaba la paz de Nimega en no interrumpidas caserías, mientras todas las naciones, como paralizadas de espanto, se inclinaban delante del gran rey a orillas del Sena.

Desde Cárlo-Magno no había habido otro rey como Luis XIV.

## LIBRO SEGUNDO

LUIS XIV DUEÑO DE EUROPA

### CAPITULO PRIMERO

LUIS XIV Y SU CORTE

Había llegado el rey Luis XIV a la meta de sus deseos ambiciosos. La Francia, es decir él, oscurecía con su brillo a todos los pueblos; todos le temían y todos le miraban como señor del mundo. Él mismo se creía en posición de mandar a todos y de disponer a su antojo de la suerte de los demás potentados.

Este foco del mundo, este rey Luis XIV, tenía entonces 41 años; era de elevada estatura y de formas bien proporcionadas. Su salud y robustez contribuían a la majestad de su persona, que unida a una gracia en todos sus movimientos y a una dignidad innata, le hacían aparecer como destinado ya por la naturaleza a ceñir una corona y ocupar un trono. La salud de que rebosaba era la admiración de todos, porque las privaciones y el cansancio parecían no tener ninguna influencia sobre aquel cuerpo de bronce. Hay que decir, sin embargo, que Luis XIV hacía un verdadero estudio de todo lo que tocaba a su persona, y principalmente a su salud corporal. En los días de más ocupación no descuidaba su paseo acostumbrado, y no siendo aficionado a la caza la cultivaba sin embargo por motivos de salud, tanto en los ardores estivales como en los helados días de invierno, abandonándola a menudo en los momentos más interesantes para mostrar el poco caso que hacía de ella como diversión ó pasión. Con estos ejercicios y otros militares había logrado vencer los frecuentes ataques nerviosos que había padecido en su juventud, y su inclinación a la obesidad, que juzgaba de todo punto incompatible con la dignidad de uno de los reyes más grandes de la tierra. Su cara expresaba seriedad sin aspereza, y su trato era afable y bondadoso, con lo cual aumentaba el valor de sus mercedes. En el año 1675 introdujo la célebre y majestuosa peluca rizada que vemos en su retrato y que desde Versalles conquistó toda la alta sociedad de Europa. Su voz agradable y sonora favorecía su modo de expresarse que sin ser elocuente era claro y discreto.

No le gustaba ser sorprendido con solicitudes ni peticiones. Debían entregarse primero al ministro correspondiente a fin de que un error ó un momento de precipitación no menoscabase su régia infalibilidad, por cuya razón era en general muy pausado en sus juicios y resoluciones, siguiendo en esto por una parte los consejos de su inteligencia clara, y por otra los de su inmensurable egoísmo y ambición insaciable. Tenía por absolutamente incompatible con su dignidad toda muestra de excitación ó de pasión, y consideraba el disimulo y la serenidad imperturbable como las virtudes más altas de un rey. El monarca según él debía estar ó parecer por encima de todas las pasiones humanas como la divinidad. Nadie jamás vió su hermosa y fría fisonomía desfigurada por la cólera, ni el pesar, ni el odio. Cuando el delfín, su único hijo legítimo, estuvo a punto de morir, mandó aquella tarde recrear los oídos de la corte du-

rante la comida con tocatas alegres para disimular mejor su inquietud en momentos tan graves y de tanta trascendencia bajo todos conceptos. A la muerte de su esposa pagó el tributo de sentimiento con breves lágrimas para volver inmediatamente a su expresión serena acostumbrada, en la cual ninguna mella produjeron ni la pérdida de una querida, ni la de sus hijos ilegítimos ni la de sus ministros. Igual serenidad mostraba en los momentos de fortuna y de alegría. Con su ejemplo fomentaba la inmoralidad y la licencia; pero velaba con un celo exagerado por la apariencia honesta y decorosa de su corte. En la galantería que mostraba en el trato con el bello sexo, jamás había nada que desdijese de su gravedad de soberano, nada de indecoroso. En general mostraba con las mujeres una exquisita y respetuosa delicadeza según la costumbre española heredada de su madre. «Jamás, dice en sus memorias Saint Simon (1), pasaba por

(1) La mejor edición de las célebres *Memorias de Saint Simon*, es la de Chéruel y Regnier, París 1873, en 20 tomos. Saint Simon nació en el año 1675 y falleció en 1755. Los materiales de sus memorias, acumulados durante toda su vida, fueron inmensos. En el día existen todavía en el archivo del ministerio de negocios extranjeros en París, 229 tomos de noticias manuscritas y datos interesantes del mismo autor; pero como redactó sus memorias en edad proveya, entre los años 1743 y 1752, resulta que padecen naturalmente de cierta inexactitud, bien que se conoce que se propuso ser estrictamente verídico, lo cual no impide que su imaginación viva le ayudase a llenar algunos claros en los puntos a donde no llegaban sus datos. Observador penetrante y sagaz como pocos, y criado en la corte, conocía muy bien a sus personajes principales y de mayor influencia; pero era hombre apasionado de su ideal político, y dominado por preocupaciones aristocráticas las más exageradas y ridículas. Su ideal político era que los magnates, los duques, pares del reino debían gobernar, como en la Edad media, tiempo que por supuesto se figuraba a su modo. A los que no participaban de su idea, a los que no eran del partido aristocrático-quietista los perseguía con la hostilidad más mezquina y brutal, como entre otros a Mazarino, Ana de Austria, al mismo Luis XIV, a la señora de Maintenon, a los bastardos del rey, a Vendôme, Villars, etc. Poco accesible a la política grande, ignorante en el arte militar, de una educación literaria incompleta, se complacía en reducir los grandes sucesos a causas nimias, haciendo la historia escandalosa base y causa de la general. Pero fuera de estos defectos, era un habilísimo analizador del corazón humano y artista incomparable en la descripción de personas y cosas. Su estilo, a menudo incorrecto, es vigoroso, pintoresco y expresivo.

Respecto de la historia de sus memorias, ha publicado Arm. Baschet su interesante obra: *Le duc de Saint-Simon, son cabinet et l'histoire de ses manuscrits*; París 1874.

Véase también la obra de A. Chéruel: *Saint-Simon considéré comme historien de Louis XIV*; París 1865. Es este un libro que favorece demasiado a Luis XIV, pero que contiene interesantes datos sobre el rey y sobre Mazarino.

Son también importantes para la historia de la corte francesa en tiempo de Luis XIV, las cartas de la condesa palatina Isabel Carlota, casada con el duque de Orleans. Esta correspondencia, que forma un complemento de las memorias de la señorita de Montpensier, ha sido publicada por H. Holland en Stuttgart en el año 1867. La autora, observadora atenta, aunque nada simpática, de los sucesos en la corte de Luis XIV, testigo de los grandes acontecimientos políticos y colocada por su posición a la proximidad de los personajes más culminantes de la época para poder juzgarlos y apreciarlos, da en estilo sincero, sin colorido artificial, pero a menudo apasionado y hasta cínico, muchas noticias importantes que la mayor parte de las memorias escritas en su tiempo.